

# **Todo lo que debe saber sobre el Antiguo Egipto**

LUIS GONZÁLEZ GONZÁLEZ



**Colección:** Historia Incógnita  
[www.historiaincognita.com](http://www.historiaincognita.com)

**Título:** Todo lo que debe saber sobre el Antiguo Egipto  
**Autor:** © Luis González González

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez

**Diseño de cubierta:** VISUAL

**Diseño de colección:** eXpresio estudio creativo

**Imagen de portada:** Capilla de la diosa Hathor descubierta en el templo Djoser-Ajet del faraón Thutmosis III por Edward Naville en 1906. Thutmosis ofrenda libaciones e incienso ante el dios Amón-Re. Museo Egipcio de El Cairo.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN:** 978-84-9967-179-6

*Para Helena, por ser la luz que me guía.*

# Agradecimientos

Las primeras páginas de un libro siempre suelen estar destinadas a los elogios que el autor hace a todos aquellos que le han prestado su ayuda, por mínima que esta sea. Puede sonar a tópico, pero es la pura verdad. Detrás de estas páginas están muchos buenos amigos que las han hecho posibles. Sin el apoyo y la ayuda de estos compañeros de armas, jamás habría podido llevar a cabo este proyecto. A mi querido amigo Carlos Fernández, por todo su apoyo y sus grandes ideas. A Francisco y a Teresa, del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto, por haber contestado pacientemente a todas mis preguntas y no haber sucumbido en el intento. Al fotógrafo canadiense Keith Schengili-Roberts, por las buenas confianzas de todos sus viajes y porque amablemente me cedió algunas de sus mejores fotografías. A Nacho Ares, buen amigo y el mejor maestro que jamás habría podido tener, que me ha permitido aprender al amparo de su infinito talento, un auténtico compañero, el cual no sólo me ha cedido la gran mayoría de las fotografías expuestas en la obra, sino que en estos últimos meses me ha sufrido pacientemente y me ha ayudado muchísimo en los momentos en los que el desánimo hacía aparición. A todos aquellos que me han prestado su colaboración, gracias eternas.

No puedo olvidarme de tres personajes que han marcado profundamente mi vida, que me enseñaron cosas muy importantes y me hicieron descubrir un mundo excitante y maravilloso. Un trío de ases que cambió mi vida para siempre: Juan Antonio Cebrián, Jesús Callejo y Carlos Canales, gracias.



# Índice

Prólogo. Historia y egiptomanía .....	17
Capítulo I. Los albores de la civilización .....	21
Los primeros pasos .....	21
Menes y la fundación de Menfis .....	34
Horus Djer .....	42
Merit-Neith .....	43
Horus Djet .....	44
Horus Den .....	46
Horus Adjib .....	49
Horus Semerjet .....	50
Horus Qa'a .....	51
La ciudad de Abydos.....	51
La II Dinastía, transición hacia la pirámide .....	55
Hotepsejemui .....	56
Reneb .....	57
Ninetjer .....	62
Sejenib / Seth-Peribsen .....	64
Jasejemui .....	65
El desarrollo cultural del Período Dinástico .....	67
Capítulo II. De la mastaba a la pirámide .....	75
Los cimientos de la Pirámide Escalonada.....	75
Djeser, su arquitecto Imhotep y la III Dinastía .....	79

Sejemjet .....	86
Qa'ba .....	87
Huni .....	88
La IV Dinastía y la Edad Dorada de Egipto .....	90
Snofru .....	90
Jufu .....	94
Djedefre .....	102
Jafre .....	103
Menkaure .....	105
Shepseskaf .....	107
La V y la VI dinastías, el declive de una nación .....	108
Userkaf .....	108
Sahure .....	111
Neferirkare Kakai .....	113
Neferefre Isi .....	114
Neuserre Ini .....	115
Menkauore .....	117
Djedkare .....	118
Unas .....	119
Teti .....	122
Userkare .....	123
Pepi I .....	124
Merenre I .....	127
Pepi II .....	128
Neith Iqeret .....	131
El desarrollo cultural del Imperio Antiguo.....	132
Capítulo III. Las pirámides del Antiguo Imperio.....	149
Construyendo la pirámide .....	149
La Pirámide de Djoser Netherijet.....	156
La Pirámide de Sejemjet .....	162
La posible Pirámide de Qa'ba en Zawyet el-Aryan .....	164
La Pirámide de Huni en Meidum.....	164
La Pirámide Romboidal de Snofru .....	166
La Pirámide Roja de Snofru.....	168
La Pirámide de Jufu .....	170

La Pirámide de Djedefre en Abú Roash.....	182
La Pirámide de Jafre .....	184
La Pirámide de Menkaure .....	189
La mastaba de Shepseskaf.....	192
La Pirámide de Userkaf.....	194
La Pirámide de Sahure .....	196
La Pirámide de Neferirkare Kakai .....	199
La Pirámide de Neferefre .....	201
La Pirámide de Niuserre Ini .....	202
La Pirámide de Djedkare Isesi .....	203
La Pirámide de Unas .....	204
La Pirámide de Teti I.....	206
La Pirámide de Pepi I.....	208
La Pirámide de Merenre .....	209
La Pirámide de Pepi II .....	210
El desarrollo religioso del Antiguo Egipto.....	211
Capítulo IV. El I Período Intermedio y el Imperio Medio .....	225
La llegada del I Período Intermedio.....	225
El linaje de los Mentuhotep y el Imperio Medio .....	229
Mentuhotep II .....	229
Mentuhotep III.....	232
Mentuhotep IV.....	235
Amenemhat I .....	235
Senwosret I .....	240
Amenemhat II.....	244
Senwosret II.....	246
Senwosret III .....	247
Amenemhat III .....	249
Amenemhat IV .....	251
El desarrollo literario durante el Imperio Medio .....	254
Capítulo V. Las pirámides del Imperio Medio.....	261
El retorno a la pirámide .....	261
La Pirámide de Amenemhat I .....	264
La Pirámide de Senwosret I .....	266



La Pirámide de Amenemhat II .....	268
La Pirámide de Senwosret II .....	269
La Pirámide de Senwosret III.....	270
Las pirámides de Amenemhat III .....	272
La Pirámide de Dashur .....	272
La Pirámide de Hawara .....	274
La Pirámide de Amenemhat IV y Neferu-Sobek .....	276
Los tesoros del Imperio Medio .....	277
Capítulo VI. El dominio hicsu y la llegada del Imperio Nuevo .....	283
El II Período Intermedio, el dominio hicsu y la gesta tebana .....	283
El Imperio Nuevo.....	291
Ahmose y la XVIII Dinastía.....	291
Amenhotep I .....	294
Thutmosis I.....	296
Thutmosis II .....	298
Hatshepsut .....	300
Thutmosis III .....	310
Amenhotep II.....	315
Thutmosis IV .....	318
Amenhotep III .....	321
Amenhotep IV / Ajenatón.....	326
Smenjkare .....	330
Tut-Anj-Amón .....	332
Ay.....	340
Horemheb .....	341
La XIX Dinastía .....	344
Ramsés I .....	344
Seti I .....	345
Ramsés II .....	353
Merenptah.....	363
Seti II .....	365
Amenmeses .....	367
Siptah.....	367
Twosret .....	368

La XX Dinastía .....	369
Setnajt .....	369
Ramsés III .....	370
Ramsés IV .....	374
Ramsés V .....	376
Ramsés VI .....	377
Ramsés VII .....	377
Ramsés VIII .....	378
Ramsés IX .....	378
Ramsés X .....	380
Ramsés XI .....	381
La sociedad del Antiguo Egipto .....	382
Capítulo VII. De las pirámides al Valle de los Reyes .....	403
La elección del Valle de los Reyes .....	403
Los excavadores y las tumbas del valle .....	408
Giovanni Battista Antonio Belzoni .....	408
James Burton .....	418
John Gardner Wilkinson .....	419
Jean François Champollion .....	421
Karl Richard Lepsius .....	425
Auguste Mariette .....	426
Gaston Maspero .....	430
Victor Loret .....	435
Gaston Maspero y Howard Carter .....	442
Theodore Davis y Howard Carter .....	445
Theodore Davis y su equipo de excavación .....	450
<i>Lord Carnarvon</i> y Howard Carter .....	462
Kent Weeks .....	479
Otto Shaden .....	481
Las últimas tumbas del valle .....	483
Listado de las tumbas del Valle de los Reyes .....	484
Capítulo VIII. El final de un Imperio .....	489
El III Período Intermedio .....	489

TODO LO QUE DEBE SABER SOBRE EL ANTIGUO EGIPTO

La Época Baja, el último esplendor .....	507
Los Ptolomeos, el último suspiro .....	515
Capítulo IX. Epílogo.....	523
Nuestra alma faraónica .....	523
Bibliografía.....	537

# Prólogo

## Historia y egiptomanía

La primera vez que fui a Egipto acababa de cumplir veintiún años. Viajaba solo y me adentré en la aventura que desde hacía años había soñado. Cuando con apenas trece me había picado la oca de Amón leyendo el libro de C. W. Ceram *Dioses, tumbas y sabios*, que me inoculó el veneno para siempre, comenzó para mí una suerte de camino vital que con el paso del tiempo se ha convertido en una forma de vida. Todo lo que gira a mi alrededor se vincula con el mundo de la egiptología. Mis libros, mis trabajos de investigación e incluso esos pequeños detalles decorativos que ilustran la biblioteca de mi casa, absolutamente todo, está relacionado con el antiguo Egipto.

Tampoco me confieso un obsesionado por ello. Los que me conocen saben que no hay cosa que más odie que, fuera de los circuitos convencionales, alguien me pregunte por cuestiones de Egipto en mi vida social.

La egiptomanía, tal y como la entendemos en la actualidad, que en mi caso no tiene, ni mucho menos, un ejemplo claro, es el entusiasmo que siente una persona por todo aquello relacionado con el mundo de los faraones. En su vertiente más moderna, nace casi a la par que la expedición de Napoleón al Valle del Nilo en 1798, cuando los sabios que lo acompañaban trajeron en sus barcos un acopio de datos imborrable que fue capaz de hacer olvidar la terrible derrota contra los ingleses.

En realidad esa egiptomanía siempre ha estado presente en la historia de Occidente. No creo que se haya perdido el recuerdo de esa cultura ancestral que desarrolló a lo largo de casi tres mil años una etapa de nuestro pasado, quizá, de las más brillantes. Tanto a finales de la Antigüedad con Roma como en la Edad Media, en el Renacimiento y, por supuesto, en los últimos siglos de nuestra historia más cercana, Egipto siempre ha tenido una presencia muy clara que justifica que de alguna forma esa egiptomanía siempre haya estado en boca de todos desde hace casi cinco mil años. Porque ya cuando se unificó el país hacia el 3000 antes de nuestra era de la mano de un faraón misterioso, llamado Menes o Narmer —todavía no está claro—, la fascinación, admiración, respeto, desconcierto e incluso miedo que generaba Egipto en sus vecinos han sido algunos de los ingredientes que han acompañado su historia desde una fecha tan antigua.

Y es que Egipto es todo y nada al mismo tiempo. El reflejo de su cultura en nuestra sociedad es tan impresionante que en ocasiones me sorprendo de hasta qué punto ha marcado la huella de su glorioso pasado en nuestro entorno. Nadie hace comentarios de los emperadores romanos, más cercanos a nosotros en el tiempo e incluso con un vínculo quizá más directo. Sin embargo, Nefertiti, Ramsés o el inefable Tut-Anj-Amón son personajes que se han colado en nuestras casas, en nuestra vida, como uno más de la familia.

La pregunta es: ¿pero quiénes fueron? Es cierto que el conocimiento de la historia de Egipto es relativamente pobre, si bien nadie puede negar que sus protagonistas, como los que acabo de mencionar, son muy populares.

Hace poco tiempo, participando en un programa de radio en Burgos, pregunté a un joven del público si sabría decirme algún dato histórico del Cid Campeador, ídolo y estandarte de la ciudad y la historia de la región. Pues bien, el muchacho no supo dónde meterse, ignorante de cualquier dato que le pudiera sacar del apuro.

No voy a hablar aquí del problema que tenemos en nuestra educación en materia de humanidades (y de tantas otras cosas). Pero para eso están los libros. A mí me da igual que un profesor enseñe la historia de este u otro pueblo en clase, o que se incluya Egipto en los programas de enseñanza. Lo realmente importante es que a esos jóvenes se les inocule la inquietud suficiente para sentir curiosidad y leer. Ahí está la clave. Y este

libro es una de esas fuentes que puede ayudar, seguro que lo hará, a conocer la historia de la cultura faraónica desde sus comienzos hasta la llegada de Roma.

Los sucesos acaecidos en Egipto durante casi tres mil años, muchos de ellos apasionantes, no son fáciles de resumir y sobre todo de presentar de una forma clara y atractiva. Pero Luis González lo ha conseguido. Dejándose llevar en su justa medida por el entusiasmo que acompaña a todo enamorado de Egipto, nos propone un viaje en el que vamos a aprender por qué un pueblo, aparentemente primitivo, que vivía en un espacio geográfico yermo, supo resurgir como el ave Fénix de sus cenizas para construir uno de los mayores imperios de la Antigüedad, cuya huella, fuertemente grabada en el suelo de nuestro pasado, continúa lanzando ecos, aunque ya sean casi dos mil años los que nos separan de su último aliento de vida.

*Nacho Ares, 13 de noviembre de 2010*



# Capítulo I

## Los albores de la civilización

### LOS PRIMEROS PASOS

Cualquiera que haya visto una sola vez la Gran Pirámide no cesa de asombrarse ante esa magnificencia que fue levantada por el hombre, tal vez, en pro de un servicio divino. Si se hace una rápida panorámica a los monumentos que erigieron los faraones de la IV y V Dinastía, es inevitable preguntarse: ¿cómo y por qué? ¿Cómo consiguieron los faraones de la IV Dinastía tanta destreza en sus obras si la civilización egipcia tan sólo tenía quinientos años de vida? Pero antes de esta Edad de Oro Egipto ya era sin duda una tierra muy antigua, lugar de reposo divino donde los dioses habían materializado sus caprichos. Egipto es una tierra tan vieja que ya en los años del Imperio Romano era antiquísima. Su última reina, Cleopatra VII, murió con treinta y nueve años, dejando atrás su amado Doble País, que ya contaba con más de tres mil años de vida y desarrollo.

El viento del norte ha ido transportando las leyendas de orilla en orilla, de aldea en aldea y de nomo en nomo. Y contaban los más antiguos del lugar que cuando el Valle del Nilo terminó de excavarse y las primeras pisadas humanas arribaron más allá de las fronteras del desierto, surgieron unas migraciones de nómadas que entraron en Egipto desde dos puntos fundamentales: el norte y el sur. A estos dos puntos se los llamó el Bajo País y el Alto País respectivamente. Estos términos acompañarán a Egipto desde que el hombre habitó en sus tierras. El país se dividió en



*nomos*, gobernados por un personaje llamado *nomarca*. Desde el Bajo País, zona que podríamos situar desde el Delta del Nilo hasta la región de Menfis, llegan asentamientos de tribus asiáticas, y por el Alto País, zona que podemos extender desde Menfis hasta la primera catarata, arriban clanes procedentes de Nubia y Sudán. Llegado un punto de su historia, un hombre, Menes, unifica los dos extremos del Nilo, formándose así las Dos Tierras. Dejaremos para más adelante el dilema de adjudicar la unión del Alto y del Bajo Egipto al rey Menes o al rey Narmer y diremos que la jerarquía egiptológica da por sentado que con este rey, Menes, se inicia el desarrollo de la tecnología, la escritura, la arquitectura, la astrología, la medicina, el sistema jurídico y tal vez lo más importante: la educación de las Casas de la Vida.

Pero el inicio prefaraónico nos conduce a un mundo salvaje, cruel, vil, déspota y totalmente anarquista. Era un momento de la vida del hombre en que los ritos caníbales estaban a la orden del día, momentos oscuros en los que la barbarie era la imperante para el dominio de una tribu sobre la otra, de un pueblo sobre el otro. Días nublados de la historia humana en los que de repente, casi por casualidad, surgió un individuo que cambió la historia.

Casi al unísono, en esta franja del planeta surgen movimientos que inauguran la prosperidad, asentamientos multitudinarios, grandes moradas para las divinidades; el flujo humano de un lugar a otro con el afán de intercambiar materia prima. Había nacido el comercio. A todas luces, la evolución del hombre ha sido seguida por la ciencia en pro de una mejor comprensión y de poder llegar así a saber el secreto de nuestra existencia. Aunque, eso sí, de vez en cuando aparecen cosas increíbles que dan al traste con más de una teoría, por muy científica que esta sea.

Hace unos años, una expedición de arqueólogos franceses halló en Siria los restos de un santuario que limitaba una antigua ciudad. Al principio, todo apuntaba a que dicha estructura podía situarse en la misma franja temporal en la que se colocaron las murallas del santuario de Jericó, alrededor de unos diez mil años atrás. Sin embargo, a medida que la excavación avanzaba, el asombro se apoderó de los arqueólogos. En un principio pudieron constatar que sus ruinas podían haber sido erigidas alrededor del año 9000 a. C., pero estas reposaban a su vez sobre otra edificación mucho más antigua, datada sobre el año 11000 a. C. La excavación reveló

unas murallas totalmente pétreas, con diseños geométricos muy avanzados. Los restos de decoración todavía eran visibles en algunas partes, así como una gran cabeza de toro dibujada. Con los datos que estos arqueólogos tenían, surgió la hipótesis de vincular este santuario a otro muy similar hallado en Turquía, colocado en la misma franja temporal. Además, la construcción de Siria parece haber sido erigida como un lugar de culto al toro, igual que en el caso turco. La conclusión era clara: los asentamientos no se limitaban a la zona del Tigris y el Éufrates, sino que todo indicaba que desde finales del Neolítico se habían asentado en esta zona grupos de comerciantes que se expandían mucho más allá de lo que se había sospechado. Impresionante descubrimiento que deja al descubierto lo avanzado de esta sociedad compuesta de siervos, criados, nobles, clases administrativas, clases sacerdotales y, por supuesto, un gobernante en la cúspide de esta pirámide. Las notas que estos arqueólogos iban tomando presagiaban que podía haber incluso sistemas de alcantarillado y otros métodos de higiene.

Con todos estos datos, veían que las fechas del despertar humano se iban retro trayendo ya seis mil años atrás de lo que se han datado las tres pirámides de Gizeh. Pero, ¿qué tienen que ver las pirámides de Gizeh con este santuario hallado en Siria? La respuesta nos la ofrece el geólogo Robert Schoch, que en los años noventa del siglo pasado recibió el encargo de datar la Esfinge de Gizeh. Las conclusiones fueron escandalosas, ya que el geólogo americano halló pruebas que situaban al guardián de las pirámides entre el año 5000 y 7000 a. C. Sin adelantar los acontecimientos, podemos decir que los resultados de Robert Schoch son claros y dejan ver una hipótesis de trabajo nada desdeñable, que ya venían ofreciendo varios investigadores desde hacía ya unos cuantos años, y era que, siempre según Schoch, los hombres que tallaron la Esfinge de Gizeh lo habían hecho varios miles de años antes de lo que la egiptología oficial lleva afirmando desde hace décadas.

Sin embargo, dicho trabajo nos lleva a una importante cuestión. ¿Dónde están los restos de esa poderosa civilización que erigió la Esfinge en el año 5000 a. C. a orillas del Nilo? Los restos arqueológicos datados en esas fechas no muestran semejante evolución, sino más bien asentamientos bastante rudimentarios. Y asimismo, nos preguntamos qué clase de cataclismo climatológico pudo ejercer semejante acción sobre la gran



Vista de la cubeta de la Esfinge, erosión analizada por R. Schoch.  
Fotografía de Nacho Ares.

Esfinge de Gizeh. ¿Acaso el mítico Diluvio Universal? ¿Qué sucedió en esta franja del planeta hace tantos años que supuso el cimiento de una auténtica y gigantesca morada de conocimiento? Para estos casos, siempre me gusta utilizar aquella frase de Juan Antonio Cebrián, un increíble divulgador de radio, escritor y periodista fallecido a finales del año 2007, que solía decir muy a menudo, con gran atino por cierto: «algo sucedió hace diez mil años que cambió para siempre la faz del planeta».

Las investigaciones y excavaciones que se perpetúan en Egipto nos permiten imaginar que a orillas del Nilo se pudo dar una cultura con una amplia gama de conocimientos. Podríamos llamarlos los precursores de los egipcios que gobernaron en el Valle a lo largo de tres milenios. Antes de que Egipto fuese poblado, la franja del norte de África estaba habitada por todo tipo de criaturas, animales y vegetales. Este paraíso sufre un brusco cambio climático. El agua escasea, los períodos secos se prolongan

cada vez más en el tiempo y con ello aumenta la temperatura de la zona. El desierto se abría camino y el cambio era inevitable. Con todo esto que el planeta estaba sufriendo, llegan los primeros moradores que huyen de la sequía y se encuentran con una zona determinada, atravesada por un gran río que anualmente se desborda con magnificencia y generosidad. Por si fuera poco, a ambos márgenes de aquella fuente de generosidad se extienden fértiles campos de cultivo capaces de proporcionar grandes cantidades de alimento. Pese a estar rodeado por miles de kilómetros de desierto, aquel valle era el lugar idóneo para comenzar una nueva etapa, con un clima mucho mejor. Para hacerse una idea de cómo debía de ser antes Egipto, basta con decir que se han hallado en la cima del Valle de los Reyes fósiles marinos que nos retrotraen a estos días.

Llegados desde el sur, se asentaron en las zonas verdes del río y poco a poco fueron haciéndose cada vez más numerosos, lo cual condicionó la formación de grandes familias y de una sociedad. Aparecen los clanes y tribus, cada uno de ellos con sus normas y sus hábitos de conducta. Pero todos estos clanes tienen algo que los une: el Nilo.

Este milagro divino, como así fue para los egipcios, dio pie a la civilización faraónica. No en vano el historiador griego Heródoto llegó a decir que Egipto era un don del Nilo. Sin embargo, sí hay un punto en el que deberíamos reflexionar llegados a este tramo. Heródoto escribió que ningún campesino de otra parte que hubiera visitado con anterioridad recibía con más facilidad el fruto de la tierra. Nada más lejos de la verdad, tal y como podremos comprobar más adelante.

Pero sí que podemos decir que el Nilo debería catalogarse como una perfecta máquina de irrigación, y tiene sus orígenes muy lejos de Egipto. Este milagro es posible gracias a la conjunción de dos grandes ríos: el Nilo Azul y el Nilo Blanco. El Nilo Azul nace en las tierras de Etiopía, mientras que el Nilo Blanco tiene su origen en las tierras de Ruanda.

El monzón tropical abastece al Nilo Blanco con las fuertes lluvias torrenciales, que se unen al gran caudal de agua que porta el Nilo Azul, que proporciona la mayor parte del agua. A partir del solsticio de verano, el río bajaba crecido durante cien días. En el mes de junio, la crecida llegaba hasta la primera catarata, y en julio ya había alcanzado el Delta. Las tierras permanecían anegadas hasta el mes de septiembre, y en noviembre los terrenos estaban ya impregnados del fértil limo negro. De aquí viene el

nombre que los antiguos egipcios dieron a su país, *Kemet*, que significa ‘Tierra Negra’. Pronto se haría necesario el poder medir las crecidas para controlar el cauce del río y prevenir la generosidad de la riada. Así nació el «nilómetro», unas instalaciones que permitían conocer el tamaño de las crecidas. Sin embargo, entre las décadas de 1960 y 1970 se construyó la presa de Aswan, en la que España colaboró y recibió a cambio El templo de Debod, actualmente en Madrid. En aquellos años España estaba en una privilegiada posición que bien pudo aprovechar para crear una cátedra de egiptología, algo que todavía en pleno siglo XXI incomprensiblemente no tenemos. Con la construcción de la presa las crecidas dejaron de sucederse, aunque sí es cierto que el paisaje del Nilo apenas ha variado. Los campesinos actuales emplean todavía métodos de irrigación que proceden de los días del Imperio Nuevo. Se sigue utilizando el adobe como método de construcción de viviendas, y todavía los lugareños rinden tributo al dios Hapi cada 18 de junio, fecha en la que antaño el Nilo iniciaba su crecida.

Hacia el año 4500 a. C. se confinan varios grupos en la región de Asiut, como así lo atestiguan las necrópolis halladas, lo cual hace sospechar que los asentamientos humanos no deberían estar demasiado lejos de las mismas. En diversos lugares de Egipto se han encontrado restos aquí y allá, pedazos de la historia diseminados por el desierto que nos hablan de aquella cultura llamada Amraciense, más conocida como el Período Naqada I. En este momento, se producen muchos cambios sociales y Egipto da muestras de evolución con la aparición de la figura del gobernante. Este hombre, tal vez el más inteligente del clan o, por qué no, el más fuerte, se yergue como la gran opción y se atestigua a sí mismo como heredero directo de los dioses, con un poder inimaginable que transforma el momento y da lugar a las primeras paletas votivas, antes de que Menes unificara el Alto y el Bajo Egipto. Leones humanos del Alto Egipto derrotan y despedazan a los habitantes del Bajo Egipto, terribles escenas de toros descomunales aplastando a sus enemigos.

Con la llegada del Período Gerzeense, conocido como Naqada II, se produce un gran cambio en los asentamientos. Se inicia una serie de intercambios comerciales que dan como fruto la marcación de las fronteras. Estas líneas de separación entre los territorios son los que forman el Período Dinástico Temprano, y esta etapa de Naqada II explota con toda su generosidad sobre estos hombres, impregnándolos con un sinfín



Enterramiento predinástico, Museo de El Cairo, Egipto. Fotografía de Nacho Ares.

de descubrimientos y adelantos evolutivos. Es este un momento fundamental para el desarrollo de las primeras dinastías, ya que se crea una serie de rutas comerciales al tiempo de que la población se extiende y funda grandes urbes. La demarcación trae finalmente un comercio en toda esta área, desde Djebel Silsila hasta Jartum, que era la región más al sur habitada por la cultura nubia. Es entonces cuando aparecen los primeros soberanos del Alto Egipto.

Bien pudiésemos pensar que esta figura del rey aparece a un tiempo en las dos partes del país, pero no es así. Lo cierto es que los primeros indicios de este gobierno central se hallan en las necrópolis predinásticas de Abydos. Las extraordinarias piezas con forma de maza ritual, paletas votivas o los *serejs*<sup>1</sup> allí hallados así lo atestiguan. En el final del Período Naqada II

---

<sup>1</sup>El *serej* es la forma primigenia del cartucho real, donde iban grabados los nombres de los reyes. Tenía la forma de un palacio, sobre el que se colocaba la figura del dios Horus.

emergen una serie de reyes que gobiernan una buena parte del país. En este Período Naqada II aparece un importante centro urbano: la ciudad de Nejen.

Nejen, la Hieracómpolis de los griegos, hunde sus raíces en lo más profundo de la historia de Egipto. Estaba patronada por el dios Nejeni, el cual se asimiló rápidamente al dios Horus; de hecho se descubrieron en esta ciudad la Paleta de Narmer y la Maza del Rey Escorpión en 1898, justo debajo del Santuario de Horus. Los restos hallados aquí señalan que la mayoría de las piezas descubiertas son muy anteriores a estos dos reyes del Alto Egipto.

Esta ciudad, que en los días de su máximo esplendor contó con unos setenta y cinco mil habitantes, mantuvo contacto directo con regiones tan lejanas como Uruk, la ciudad más importante de este período en Mesopotamia. Nejen poseía una buena economía y provocó la aparición de las comodidades sociales. Fabricaba cerveza en grandes cantidades, tanta que sabemos que en un día se elaboraba líquido para más de doscientas personas. La población se extendió, los contactos con la parte baja de Nubia crearon señoríos y enormes extensiones de terreno y se formaron grandes caravanas de comerciantes que viajaban desde el sur hacia el este, lo que provocó el poder adquirir mercancías exóticas procedentes de lejanas tierras. Se comenzaron a explotar los desiertos del este y los minerales se comercializaban aquí, en Nejen. Los restos de la ciudad son tan antiguos que es necesaria una representación hipotética para imaginar su aspecto en la antigüedad. Sabemos que estaba rodeada por un gran muro de ladrillo de adobe muy ancho. En su interior, se erigió un gran santuario, y aquí se empezó a forjar el espíritu teológico que regiría el futuro Egipto de los faraones. Este templo ocupaba gran parte de la ciudad, y estaba rodeado de altares donde se llevaban a cabo rituales y sacrificios. Un anillo de talleres artesanales lo culminaba, donde se fabricaban todo tipo de utensilios, desde armas de sílex a objetos de marfil. Y como es en Nejen donde se halla esa paleta y esa cabeza de maza, daremos paso a estos dos personajes desde aquí, en la Ciudad del Halcón.

En 1898 se descubre en Nejen una cabeza de maza o clava, que pertenece a un enigmático rey conocido como el Rey Escorpión. Sin duda, todos tenemos la imagen del musculoso actor «The Rock», protagonista de *El Regreso de la Momia* y *El Rey Escorpión*. Si retrocedemos en el tiempo, cuando el Egipto de la I Dinastía aún no había sido diseñado por



Cabeza de maza del Rey Escorpión, Museo Ashmolean, Oxford.

los dioses, nos hallamos ante unos antiquísimos textos que nos relatan una unificación, digamos que predinástica. Hubo un momento de la historia en el que las Dos Tierras se vieron unificadas, aunque parece ser que el sueño duró más bien poco.

Otros antiquísimos textos son los *Textos de las Pirámides*, que hunden sus raíces en el más absoluto origen de esta etapa predinástica. Son un compendio de fórmulas mágicas, que, como podremos ver más adelante, no fueron escritas hasta finales del Imperio Antiguo. Estos textos nos hablan de un carismático personaje: el Rey Osiris.

Existe una leyenda que no nos habla del Osiris dios y señor del Más Allá, sino de un Osiris que reinó realmente, y que fue un rey benévolo, y por supuesto de ascendencia divina. Lo que más llama la atención de este Osiris, que conoceremos un poco más adelante, no es la historia familiar y sus conflictos, puesto que en más de un momento de la historia faraónica la Corte Real se ha visto inundada de conspiraciones y traiciones en



contra de su faraón. El extraño suceso que rodea a este Osiris rey es el siguiente: los textos nos hablan de que gobernó el Doble País con mano tierna y sensible. Nos dicen que también enseñó a los hombres a explotar las riquezas de la tierra y a recoger el regalo que el Nilo les ofrecía: la inundación. Les enseñó a cultivar el trigo, la cebada y el vino. Este Osiris era un mensajero divino, absolutamente pacifista y que desprendía majestuosidad por todo su ser. Si tomamos estos textos al pie de la letra, hallamos al menos una curiosa similitud entre este Osiris y el Rey Escorpión.

Los egiptólogos no han alcanzado un consenso en lo que concierne a la figura de este emblemático Rey Escorpión. Y es que, parece ser que, a lo largo de todo este tiempo que vendremos a conocer como el predinástico, hay ciertos indicios que señalan que es posible que hubiera dos reyes con este mismo nombre.

El aspecto más enigmático del primer Escorpión tal vez sea su auténtico nombre. Es conocido su denominativo por el grabado que se halla en la cabeza de maza<sup>2</sup>: un rosetón y un escorpión. Esta conocida cabeza de clava está dividida en tres bandas, igual que las representaciones dinásticas, y nos narra una curiosa escena: dicho rey, Escorpión, aparece con una azada en sus manos. Lo precede un portaestandarte, lo cual sugiere que el monarca anuncia a su país el comienzo de una obra. El sacerdote que lo acompaña recoge en un capazo la tierra que el rey excava con la azada. El rey está inaugurando un canal, como así lo indica el símbolo acuático sobre el que se yergue en la paleta. Este hombre, como el objeto nos indica, enseña a sus súbditos como labrar las fértiles tierras y aprovechar el agua que el río ofrece. Además, existe constancia de que desarrolla la metalurgia y la carpintería, que durante sus años se comienzan a elaborar los rasgos de la escritura jeroglífica y los ritos fúnebres ya no se basan en depositar el cadáver envuelto en una estera, sino que se comienza a elaborar el sarcófago de tierra cocida y de tablas. Aunque el Rey Escorpión no reinase más que en el Alto Egipto, no excluye un hecho indiscutible: Escorpión parece haber sentado la base fundamental de la civilización egipcia. El rey es el pilar básico del pueblo, una comunión indisoluble que, por necesidad, toma carácter divino. No conocemos el lugar

---

<sup>2</sup>Las mazas son un instrumento importante en la vida de un monarca egipcio, pues se hacen representar con ellas destrozando los cráneos de sus enemigos vencidos.

donde se hizo enterrar este mítico rey, pero sin embargo en Abydos se halló la morada para la eternidad del segundo Rey Escorpión. Desconocemos si se trata del mismo hombre, aunque las pruebas de datación separen estos dos nombres por unos cientos de años. Es muy posible que en realidad se trate del mismo hombre, y tal vez los objetos fuesen reutilizados por reyes posteriores.

Pero si una faceta de este hombre debe sorprendernos es la de la ideología, que trajo consigo una serie de ideogramas que fueron dotados de significado en la vida cotidiana: el jeroglífico. Se sostiene que el jeroglífico proviene del cuneiforme, introducido en Egipto desde Mesopotamia, y el hecho es que las pruebas de carbono 14 realizadas a unas etiquetas halladas en Abydos en la morada para la eternidad que se atribuye al segundo rey que utilizó el nombre de Escorpión, y en las que se ven representadas montañas o serpientes, las datan en una antigüedad que nos lleva hasta el año 3200 a. C., lo cual sitúa la escritura jeroglífica como el método de comprensión más antiguo del mundo. Con todo esto, no es seguro que Escorpión idease el idioma jeroglífico, pero desde luego algo está claro: existía la necesidad de dejar constancia de registros escritos, de que el emisor y el receptor tuviesen la posibilidad de comunicarse entre ellos a través de la distancia; y desde luego esto sólo podría hacerlo un hombre que tuviera el poder y los medios para ello, porque este hecho implica una estructura interna a todos los niveles, cosa que hasta esa fecha no se había visto. Aunque dicho modelo de escritura hubiese nacido de la noche al día, es un paso que separa la prehistoria de la propia historia consumada. Todas y cada una de estas etiquetas contienen un agujero en su parte superior, y se supone que serían las etiquetas de objetos de impuestos o tributos. Escorpión gobierna pues, un Alto País rico y próspero, ¿pero cómo se llegó a este punto?

Djebel Tjauti es una importante ruta comercial, a caballo entre Abydos, Nejen y Qena. Aquí se ha hallado lo que se conoce como el Retablo de Escorpión. En una de las paredes de una gran roca hay unos toscos grabados, casi prehistóricos, pero totalmente legibles. He aquí un ejemplo demostrativo de lo que la escritura significaba para aquellos hombres, pues no tallaron sobre la roca unos signos al azar, no realizaron un dibujo porque sí. Nada en Egipto sucede por casualidad. Lo que representa la escritura sobre la piedra es el deseo de vencer al tiempo, plasmar para la eternidad un evento,

un pensamiento, un deseo. Nos encontramos, tal vez, con la primera representación de un halcón, un Horus que está justamente sobre un escorpión. Se trata pues, de una especie de prototipo de *serej*, el emblema de Horus Escorpión, y es esta una representación que se usará durante los tres mil años siguientes, pues los futuros faraones no olvidarán añadir su nombre de Horus a su lista de títulos reales. Nos hallamos ante un hombre que es una especie de oficiante con un bastón, que viste una especie de túnica. Al sacerdote le sigue un hombre maniatado con una cuerda, y tras el prisionero aparece un personaje que sujeta con una mano el extremo de la cuerda y con la otra sostiene una maza. Debemos entender, puesto que no se han hallado restos algunos que muestren un acto semejante con anterioridad, que Escorpión asestó el golpe definitivo para reunir bajo su mando a los clanes y familias locales de un área, se piensa, bastante extensa. Este Retablo de Escorpión es el primer documento histórico de carácter real que existe en Egipto. Las bases de la civilización faraónica son sentadas por Escorpión, y parece existir una similitud entre ese Osiris Rey y el Rey Escorpión.

Así pues, con todo, tenemos derecho a incluir esta carta, que es el Rey Escorpión, en el amplio abanico que constituye la baraja que comprende la Dinastía 0 y el origen del mundo faraónico, sin poder concluir de forma definitiva una u otra opción. Este póquer de ases es utilizado por tahúres y demás jugadores de índole dudosa que no hacen sino adjudicarse ciertos méritos que parten de la raíz mitológica de los antiguos egipcios. Así, vemos como existen numerosos iluminados que nos ofrecen la visión de naves extraterrestres que llegaron desde el otro lado de la galaxia para levantar las pirámides de Gizeh o insisten en ver la huella de la Atlántida en los restos arqueológicos que nos legaron estos grandes reyes del Imperio Antiguo. Y lo cierto es que, asombrándonos ante tanta magnificencia, los restos arqueológicos no hacen sino demostrarnos lo contrario. Conociendo un poco tan sólo de los hallazgos vemos como se produce esa evolución desde el Neolítico egipcio hasta la construcción de la primera pirámide: no vemos huellas de hombres heraldos de una ciencia que no es de este mundo, sino que vemos la progresión humana con sus defectos y carencias, una evolución que desea ardientemente abandonar la oscuridad y abrazar el conocimiento, si bien es cierto, por otro lado, que los diferentes hallazgos arqueológicos en todo el planeta nos demuestran que

el despertar del hombre se produjo mucho antes de lo que se creía. En el caso que nos atañe, debemos dar gracias a Manetón de Sebenitos por la obra que en su día realizó, y que nos sitúa el origen de esta civilización en un momento concreto.

Manetón fue un sacerdote egipcio que vivió durante los reinados de Ptolomeo I y Ptolomeo II. Había nacido en Sebenitos, la capital de Egipto en esta dinastía, y era el sacerdote del Santuario de Serapis. El faraón Ptolomeo II estaba ansioso por conocer los orígenes de Egipto y encargó al sacerdote la misión de viajar por todo el país y recopilar de las bibliotecas de los santuarios aquella historia que comprendía tres milenios de antigüedad. Fruto del trabajo de Manetón nació la *Aegyptiaca*, el resultado de la unión de antiguos textos que en aquellos días solapaban la realidad y el misticismo, dando como resultado una visión un poco desenfocada. Esta obra divide los reinados en treinta dinastías, aunque sí hay que decir que tuvieron que ser escritas nuevamente, porque nos legaba más lagunas que hechos certeros. Manetón se limitó a recopilar los datos que existían en las bibliotecas de los santuarios y, sin duda, tuvo acceso a la información que también se recogió en lo que hoy conocemos como el Papiro de Turín. Este papiro, que fue encontrado en el siglo XIX, fue redactado por un escriba de Ramsés II en el reverso de un documento administrativo. Este escrito nos narra el reinado de nueve dinastías anteriores a los reyes predinásticos, entre los que se hallan los Venerables de Menfis, los Venerables Del Norte y los Shemsu-Hor, que gobernaron la friolera de trece mil cuatrocientos veinte años, hasta la llegada de Menes.

Los autores clásicos comenzarían copiando detalles de la *Aegyptiaca* y autores posteriores copiarían asimismo estas copias, por lo que el embrollo está servido. Llegados a este punto, debemos hacer referencia a los distintos expertos que han hecho múltiples cálculos para situar temporalmente el reinado de un faraón con una fecha acorde a nuestra manera de entenderlo. Así, podemos ver en unas tablas cronológicas como el rey Ahmosis inaugura la XVIII Dinastía en el año 1549 a. C., mientras que en otras obras o tratados veremos fechas como la de 1570 a. C. Las fechas que expondremos a lo largo de estas páginas están tomadas de la obra actual más completa que existe acerca de este tema: *Las familias reales del Antiguo Egipto*, de Aidan Dodson y Dyane Hilton. Asimismo, emplearemos los nombres en su forma más parecida al nombre original y no la adoptada del anglosajón

con su entonación «kh», de forma que, frente a lo que algunos entienden por Hotepsekhemwy, nosotros emplearemos Hotepsejemui. Asimismo, cabe aclarar que las fechas que vamos a barajar de ahora en adelante serán todas antes de Cristo, a no ser que se indique lo contrario.

El tratar de colocar las primeras gentes del Valle del Nilo o sus raíces en un perímetro más allá de los oasis son absurdas especulaciones; sería un insulto a la inteligencia de los antiguos egipcios. El origen es mucho más sencillo si cabe, pero si para desarrollar una civilización casi perfecta se necesitó un milenio, ¿cómo pretendemos descubrir el secreto tan sólo en un siglo y medio? Lo que sí se puede asegurar con rotundidad es que durante el quinto o séptimo milenio algo sucedió en Egipto, algo que sentó las bases de la mayor civilización del mundo, e incluso de la que nos rodea hoy día. Podría haber sucedido en cualquier otro lugar, pero sucedió en Egipto, en el país de las Dos Tierras. Así pues, ¿cómo no rendirnos a la evidencia de que realmente Egipto fue el capricho de los dioses? ¿Cómo podemos atrevernos a dudar, siquiera un instante, de que Egipto es en verdad el sueño de Dios hecho realidad? Pero no adelantemos acontecimientos, porque debemos conocer al hombre y la ciudad que dará origen a la I Dinastía.

## MENES Y LA FUNDACIÓN DE MENFIS

Los egipcios, con el paso de los siglos, jamás perdieron de vista sus raíces. Los más brillantes faraones fueron siempre grandes amantes de su historia y, lo más importante, fueron conocedores de sus antepasados. Por ello, el gran faraón de la XIX Dinastía, Seti I, mandó elaborar una lista real en la ciudad más santa de todo Egipto: Abydos. Llegados a este punto, la historia de Egipto se bifurca, puesto que los egiptólogos avanzan en la historia a partir de este Narmer, pero, como hemos visto, los antiguos egipcios la inician a partir de Menes.

La aparición del rey Narmer o Menes, nos viene dada por la conocida representación que lleva su nombre, la «Paleta de Narmer», hallada en las ruinas de la ciudad de Nejen en 1898, a escasos nueve metros de la Maza del Rey Escorpión. En ella se relata la unión de las dos mitades del país de forma muy significativa. Dicha paleta está elaborada en piza-

ra verde, muy bien tallada y decorada en sus dos partes, el anverso y el reverso. Para describir las acciones que Menes había realizado, el artista se sirvió de un modelo peculiar: un registro a tres bandas que será modelo a imitar por generaciones y generaciones de artesanos. La primera escena nos muestra dos cabezas de vaca que encarnan a la diosa Hathor<sup>3</sup> y es esta la gran y bella diosa madre de las madres, sin igual en el cielo y apreciada y amada en todo Egipto. La representación de Narmer nos muestra a un hombre ciñendo la corona blanca, con un rabo de toro atado a su cintura



Anverso y reverso de la Paleta de Narmer, Museo de El Cairo, Egipto.  
Fotografía de Nacho Ares.

---

<sup>3</sup>El nombre de Hathor está formado por las palabras *Hut* y *Hor*, lo que podría traducirse por el «Santuario de Horus».

que sostiene una maza ritual como la de Escorpión, y se dispone a golpear con ella a un enemigo vencido que está derrotado bajo el emblema de Horus. El rey está representado a tamaño mayor que el resto de los personajes, resaltando así su condición de Grande. En la banda inferior vemos a varios enemigos maniatados.

El reverso de la paleta tampoco nos deja indiferentes. Ahora porta la corona roja y se dirige hacia la contienda. No nos narra la batalla sino la victoria, puesto que los enemigos yacen sin vida. En la banda central, dos individuos entrelazan los cuellos de unos animales, simbolizando la unión de las dos partes del país. En la última banda, nuevamente aparece un toro derribando las murallas de una fortaleza. Los supervivientes padecen bajo las pezuñas del toro, enfurecido y rabioso. Ha comenzado la aventura, se ha dado paso a la I Dinastía. Para realizar esta hazaña, parece ser que se contó con la ayuda inestimable de ‘Los diez grandes del sur’<sup>4</sup>. Este grupo de hombres tendrá importancia durante varios años.

Ignoramos la fecha exacta en la que Menes aparece en escena, siendo pues, las cronologías que se citen una aproximación histórica. Según la lista real de Abydos, el primero de los gobernantes de un Egipto unificado fue el rey Menes. Decir que Narmer y Menes fueron la misma persona es algo que hoy día está completamente aceptado por la gran mayoría de egiptólogos. Pero sin embargo existen algunos datos que nos incitan a pensar lo contrario. Por ejemplo, la Piedra de Palermo, una gran losa de basalto negro que data de la V Dinastía, nos habla de Narmer, de Menes y de Aha. ¿Tres nombres bajo la piel de un solo hombre? No lo sabemos. Sin embargo, no termina aquí el debate de si nos hallamos ante el nombre de Nebti o el nombre de Horus. Y es que este es otro problema que hay que pasar a la hora de intentar colocar a estos hombres en su lugar correcto de las páginas de la historia:

- El nombre de Horus es un título que los reyes utilizaron honrando al dios Horus para poder asentar su reinado. Este nombre atestigua el carácter divino del rey.

---

<sup>4</sup>Los Diez Grandes Del Sur eran unos príncipes del Bajo Egipto que venían heredando el poder en las ciudades de la mitad sur del país.

- El título de Nebti es el nombre que otorgan las Dos Señoras, y el cuenco que se halla bajo ellas es el símbolo jeroglífico *neb*, que significa ‘Señor’, en femenino. Así se refiere a las diosas Nebjet y Uadjet.
- El nombre de Horus De Oro era la unión de dos jeroglíficos, ‘oro’ y ‘halcón’. El oro expresa la carne de los dioses, y da al faraón la divinidad del dios sol.
- El nombre de *Nesu-Bit* daba al rey la legitimidad sobre las Dos Tierras. Su traducción sería ‘Señor del Alto y del Bajo Egipto’. Es llamado el título *praenomen*, y es el nombre de trono. Aunque es el cuarto en la lista tiene sus orígenes en los primeros reinados de la I Dinastía. La caña y la abeja son los signos hieráticos del Norte y del Sur.
- El *nomen* es el título que convierte al rey en ‘Hijo de Re’, *Sa Re*, que es su verdadero nombre. Desde el Imperio Medio se ligó al título de *Nesu-Bit*, nomenclatura de protocolo. Con el poder del verbo y de la palabra encerrada en el interior del cartucho real, que regenerará su potencia durante la eternidad, el ‘Señor del Alto y del Bajo Egipto’ sostiene con firmeza sus cetros de poder.
- El nombre de Aha nos llega gracias a un *serej* y una etiqueta de marfil hallada en la morada para la eternidad de la reina Neith-Hotep, probablemente su esposa. La lectura del jeroglífico de la etiqueta de marfil ha hecho deducir a muchos egiptólogos que Aha y Menes podrían llegar a ser la misma persona. En otra etiqueta hallada en Abydos, donde Aha se hizo construir su mastaba, se muestra una serie de hechos ocurridos en Kush (Nubia) o Sais. En otra etiqueta, se nos narra una ceremonia denominada como «Recepción entre el Sur y el Norte».

Otros anales registran una serie de hechos acontecidos bajo el reinado de Menes. como que en su año decimoprimeros de reinado se celebró una gran fiesta en honor del dios Anubis. En el año decimosegundo celebró una fiesta del Toro. En su año decimotercero celebró un festival de nacimiento. En el año decimoséptimo o decimooctavo de su reinado organizó un festejo para conmemorar el nacimiento de Anubis. En el año decimonoveno se sabe que tan sólo reinó los primeros seis meses y siete días.



El nombre de Menes podría traducirse como ‘El que permanece’, ‘El que queda’. Casi con toda seguridad nació en la ciudad de Tinis, localidad cercana a Abydos y lugar de nacimiento de los soberanos de las primeras dinastías. Menes gobernó un Egipto unificado durante sesenta y dos años. En este tiempo, aplastó las rebeliones internas y llevó sus ejércitos más allá de las fronteras naturales para la grandeza de su país. Finalmente, sería un hipopótamo el que pusiese fin a su vida. Pero sin duda, el mayor logro de Menes fue la creación de una capital para controlar el país y, para ello, ideó la magnífica ciudad de Menfis<sup>5</sup>, ‘La balanza de las Dos Tierras’.

Su nombre egipcio era Ineb Hedj<sup>6</sup> y fue la primera gran capital de Egipto. Se la denominó ‘La balanza de las Dos Tierras’ porque desde allí se tenía un control absoluto de todo el país, sin estar demasiado lejos ni del sur ni del norte. A partir del Imperio Medio se la llama Anj-Tawi, ‘La que une a las Dos Tierras’. Su localización era, sobre todo, fronteriza.

Desde su capital, Menes preparó su cometido. Realizó obras para canalizar el agua de las crecidas y procedió a la creación de las ramas administrativas para gobernar las dos mitades del país. Ineb Hedj se convirtió en el centro administrativo más importante de Egipto, siendo modelo a imitar por todas las ciudades del Mundo Antiguo. Menes levantó un edificio digno de un rey, al cual llamó ‘La Gran Morada’<sup>7</sup>. El departamento que más floreció en la antigua Menfis fue un gigantesco núcleo religioso, de donde surgieron las diferentes teologías egipcias. El patrón de la ciudad era el dios Ptah, y para él se levantó un gran santuario al que se llamó Het-Ka-Ptah que podría traducirse como ‘Los dominios del Ka de Ptah’. Los griegos tradujeron el nombre de este templo como *Aiguptos*, que derivaría en el nombre *Aegyptus* y finalmente en el de Egipto. Podría decirse que en estos días se da inicio a la técnica de construcción, si bien en estos momentos todo se construye en madera o barro. Sin embargo, los artesanos comienzan a aprender los secretos de sus oficios. Eran precisos ensamblajes de madera que fueran resistentes para obtener un edificio que durase el máximo tiempo posible. Se plantaron árboles de sicómoro, acacia, palmeras, tamariscos, sauces

---

<sup>5</sup>El nombre de Menfis deriva de una inscripción que se halló en la pirámide de Pepi Men-Nefer, al que los coptos llamaron Menfe. Los griegos la llamaron Menfis.

<sup>6</sup>Ineb Hedj significa ‘El muro blanco’ y fue la capital de Egipto hasta el Imperio Medio.

<sup>7</sup>De su nombre en egipcio, Per Áa, derivaría muchos años más tarde la palabra Faraón.

y otras maderas para satisfacer las necesidades de las clases altas. Llegó un momento en el que se hizo necesaria la creación de los nomos.

Menes creó los distintos distritos e ideó para cada uno de ellos un signo jeroglífico que representaba un rectángulo con cuadrículas, simulando una extensión de terreno y sus acequias. No sabemos exactamente cuántos nomos creó el rey, pero sí sabemos que a finales del Imperio Antiguo existían treinta y ocho nomos en Egipto. En el esplendor del Imperio Nuevo existían cuarenta y dos, número que coincidía con los jueces que presidían el Tribunal del Más Allá.

La evolución de la ciudad condujo a una avalancha de comodidades, como estuches y enseres de maquillaje: sillas, cofres, armarios de madera y utensilios labrados en piedra para perfumes; se perfecciona la técnica del tejido creándose elegantes vestidos. Pero, sobre todo, destaca el trabajo de los joyeros. El oro y la plata, tanpreciado en nuestro mundo, solía emplearse como moneda de cambio entre los pobladores del Sinaí, que a cambio conseguían turquesa y lapislázuli. Desde las minas de Afganistán llegaba a Egipto esta última piedra preciosa, el lapislázuli, que se distribuía a través de unas antiguas rutas comerciales que tenían como destino el mundo mesopotámico. De los días de Escorpión y sus más inmediatos antecesores nos han llegado magníficos collares de cuentas a los que se había dotado de un poder que prolongaba la vida. Las cofradías de los joyeros fueron adquiriendo cada vez más destreza y no tardaron en surgir piezas de imitación de los más variopintos colores. Con la aparición de Menes y el comienzo de la I Dinastía, comienza a emplearse la fayenza<sup>8</sup>. Prontamente se asimila a los cultos funerarios y permanecerá arraigada a estos ritos de manera casi indisoluble hasta los últimos días.

La herramienta para la escritura avanzó rápidamente. El papiro era una planta que crecía en el Bajo Egipto y simbolizaba la unión de las Dos Tierras. Su uso abarcó múltiples funciones, pues se ingería, se hacían cestos, sandalias e incluso se empleaba para la fabricación de muebles. Pronto llegó a convertirse en el soporte vital de los escribas reales, y el empleo del papiro como medio de escritura perduraría durante siglos. El último documento escrito en un papiro es un texto árabe que data del

---

<sup>8</sup>La fayenza egipcia es un material de cerámica al que se le ha proporcionado un esmalte a base de cuarzo machacado, cal, natrón y ceniza.

siglo XI d. C. Sin embargo, en estos inicios del Egipto Dinástico el uso del papiro como documento estaba destinado a ser utilizado únicamente por el rey. Avanzada la técnica del arte, los papiros inspirarían las descomunales columnas papiroformes que sostienen las techumbres de construcciones impresionantes como la del complejo de Karnak.

A pesar de todo, desconocemos demasiados aspectos de la antigua Menfis. Sí sabemos que su área de influencia comprendía las regiones de Zawiet el-Aryan, Dashur, Saqqara, Abusir, Gizeh y Abú Roash. Era una gran ciudad con sus pequeñas administraciones extendidas a su alrededor. Es más, se sospecha que la ciudad como tal podría haber ido cambiando su situación de norte a sur y viceversa. La inmensa mayoría de textos que nos hablan de esta gran urbe son del Imperio Nuevo. La ciudad recibe una herida mortal con la llegada del cristianismo y se tambalea durante unos pocos cientos de años, en los que las piedras que cantaban la magnificencia de su milenaria historia iban siendo desperdigadas aquí y allá. Desmembrada y diseminados sus miembros, padeciendo el mismo destino que el dios Osiris, su muerte llegó a manos de los musulmanes en el año 641 de nuestra era. Un viajero que llegó a Egipto en el siglo XII dijo acerca de Menfis: «Las ruinas ofrecen al que las contempla la posibilidad de imaginar la más extremada belleza que ha podido crear una mente inteligente. Ni siquiera el hombre más sabio o más elocuente podría jamás expresarse de forma tan asombrosa y maravillosa». Es imprescindible resaltar el nombre de don Pedro Martín de Anglería, un embajador español que los Reyes Católicos enviaron a Egipto para prever cualquier tipo de ayuda que los mamelucos pudieran ofrecer a los árabes expulsados de Granada. Pues bien, este hombre fue el primero de los investigadores que ubicó de forma correcta a la ciudad de Menfis y realizó uno de los primeros estudios científicos de las pirámides.

Una vez llegados a este punto, comenzaremos a conocer el nombre de la primera de las mujeres importantes de este reinado, la reina Neith-Hotep. Las reinas jugaron un papel fundamental en la cultura egipcia: la dualidad tuvo mucha importancia en la política del país. Algunos estudiosos de estos primeros años sostienen que esta mujer era originaria del Delta del Nilo. Esta deducción nos viene dada del empleo del nombre de la diosa Neith. De ser cierto, tal vez nos hallásemos ante el primer matrimonio político, concertado y entablado para sellar un pacto entre Menes y la familia más poderosa del Norte, sin duda, para que los combates cesaran y el

estado faraónico pudiera comenzar su andadura. Se señala a Neith-Hotep como la iniciadora de una saga de mujeres que acuñó con sus actos las dos potencias creadoras que dieron estabilidad al país en este proceso de unificación. Desgraciadamente, de estas remotas épocas son muy pocas las informaciones que nos han llegado.

Durante el mandato del rey unificador, los nobles y los reyes se construyeron sus mastabas en Saqqara. La tumba de Menes es un macizo de ladrillo de grandes dimensiones, que comprende tres estructuras catalogadas como B10, B15 y B19. Se trata de un sistema de compartimientos con una cobertura de madera. Allí se hallaron restos de treinta y tres enterramientos subsidiarios, una costumbre bastante bárbara y casi prehistórica que consistía en enterrar junto al rey su cohorte de sirvientes personales, que podían llegar a ser más de trescientos, como lo atestiguan varios casos. Lo cierto es que esta absurda costumbre continuó hasta la II Dinastía. Junto a ellos, se enterraron también siete jóvenes leones. Esta primera estructura ya demuestra la evolución que Egipto había adquirido, sobre todo, en lo que concierne a la escritura. Y es que a pesar de que, como hemos visto, la escritura ya hace aparición con Escorpión, se hace necesario un desarrollo de la misma para que se pueda aplicar a la arquitectura. El concepto numérico, que podría haber existido con anterioridad, debe aplicarse al plano de la construcción que se va a realizar. Sería absurdo pensar que los arquitectos y constructores de la I Dinastía realizaron la mastaba de Menes dejando al azar todo lo que ello implica. De la misma forma, la arquitectura en sí no es sino un concepto numérico, un conjunto de medidas y distancias que van cobrando forma según van avanzando las obras. Como podremos ver, por ejemplo en la mastaba del rey Den, la aparición de losas de piedra a modo de suelo ya muestra una evolución en la forma de concebir el objeto que se va a realizar, y esto sólo era posible mediante un sistema numérico. A pesar de que muchos autores sostienen que el número en sí carecía de importancia, la medida que podía tener un codo real ya implicaba un punto de referencia que equivalía el sistema numérico. Y aquí debiéramos mencionar el papel de las Casas de la Vida, aunque trataremos ampliamente este apartado en el capítulo siguiente. Este extraño nombre estaba destinado a los lugares donde se impartía la sabiduría. Aquí se aprendía el oficio de escriba, se daban las nociones básicas de álgebra, matemáticas, ciencias, astronomía y un largo etcétera.

La sociedad dio un paso gigantesco con el reinado de Menes, una evolución en todos los aspectos, pues, como hemos visto, si ya la agricultura en Egipto despuntó con Escorpión, Menes debe llevar la sociedad al siguiente escalón que su gobierno se extiende a todo el país, y en Egipto hay zonas donde abunda la caza y otras donde esta es prácticamente inexistente.

## HORUS DJER

Tras la muerte de Menes aparece su sucesor, Horus Djer, y aquí es donde hallamos uno de los datos que arrojan luz sobre el dilema de si Menes y Aha llegaron a ser el mismo hombre. Y es que Djer es hijo de Aha, pero, asimismo, Djer es colocado en las listas reales justo tras el reinado de Menes. El hecho es que este hombre, Horus Djer, se convierte en el heredero de un linaje de hombres dioses que han sido colocados para garantizar la prosperidad de un Egipto que acaba de ver la luz.

Podemos pensar que Djer gobernó Egipto durante cincuenta y siete años. Esto nos viene dado por las tabletas de madera y de marfil que se han hallado en Saqqara y en Abydos. En estos momentos en los que el gobierno no está asentado por completo, el monarca debe enfrentarse a varios problemas. Para poder superarlos, Djer tiene que comportarse como un verdadero rey, y para ello se asegura de que su presencia en las principales ciudades sea regular. Así, Buto y Sais son dos puntos que visitará con frecuencia. En Saqqara se ha hallado una etiqueta de madera que nos muestra cómo Djer asiste como primer personaje para celebrar un extraño enterramiento que conlleva un sacrificio humano. Durante su reinado, Djer pretende consolidar su autoridad, y para ello inicia una campaña militar en Nubia, donde se asegura la perfecta ejecución de los cargamentos de mineral. Pero su pensamiento vuela más lejos, y uno de sus años de reinado será recordado como «El año que se golpeó violentamente la tierra de Setjet<sup>9</sup>», y aprovechó la ocasión para extender sus alas sobre las montañas del Sinaí. Libia tampoco escapó a las pretensiones de Djer, asegurándose así varios protectorados que fuesen leales a la figura del monarca

---

<sup>9</sup>La tierra de Setjet correspondía a la franja sirio-palestina.

egipcio. Las campañas militares que llevó a cabo durante su reinado son las primeras registradas más allá de las Dos Tierras.

Su morada para la eternidad en Abydos se sitúa un poco al norte de la de Horus Aha. Es considerada como una de las tumbas más grandes que se construyeron en esta I Dinastía. Alrededor de su mastaba nos encontramos con trescientos treinta y ocho enterramientos subsidiarios para la comodidad del Rey, siendo halladas junto a los cuerpos estelas que llevaban sus nombres grabados. Si bien esta práctica nos horroriza hoy día, durante el reinado de Djer se iba perfeccionando esa humanidad, puesto que ya se habían abandonado los ritos de canibalismo y el desmembramiento de cuerpos que estaban a la orden del día durante el Período Naqada II. El complejo funerario comprende un área de doscientos ochenta metros cuadrados y también se encontraron diversos objetos funerarios, tales como un brazo que se utilizó como medida por los joyeros reales y cuatro pulseras de oro y de turquesa. Con todo lo que su reinado trae consigo, nos deja como legado un intento de convertir la nación de Egipto en un proyecto de lo que no tardará mucho en ser; pero para ello será preciso aún que toda la I Dinastía imprima su huella sobre el Alto y el Bajo País. Se acepta que el sucesor de Djer fue Djet Uadji, probablemente su hijo, pero existen razones para pensar que antes su esposa Merit-Neith gobernó sobre el Valle del Nilo, probablemente por la corta edad de su hijo. Un sello real hallado en Abydos parece confirmarlo.

## MERIT-NEITH

En este momento de la historia de Egipto, nos hallamos con uno de los escasos reinados en los que el trono de las Dos Tierras fue detentado por una mujer: Merit-Neith. Su nombre puede ser traducido por ‘La diosa Neith está en paz’. El universo egipcio se rigió desde sus albores en un intento de mantener un equilibrio cósmico. Entramos aquí en una compleja teología, pues Neith es viento e inundación al mismo tiempo, es la enorme extensión de agua de la que nace la vida, la que se ha creado de la nada, que creó los seres y las divinidades. Es madre, dios y diosa a un tiempo. La dualidad del rey y su consorte real se consolida sobre la base de que el

hombre desempeña el papel de mujer, y al contrario. Como los antiguos textos nos relatan, Neith creó el mundo con siete palabras y se dio a luz a sí misma. Ocurre pues que bajo la protección de esta diosa, una mujer se convierte en independiente y autónoma, y más cuando el rey la califica de «potencia divina de cuyas orientaciones vivimos, padre y madre, única y sin igual». Por este hecho en las estelas atribuidas a Merit-Neith no está presente Horus, protector del faraón. A la reina Merit-Neith podemos aplicarle el mismo papel que a nuestra anterior fémina, la reina Neith-Hotep. Algunos autores señalan la necesidad imperiosa que en estos días todavía existía de formar alianzas con las grandes familias. Desgraciadamente, casi nada se sabe de ella, y sus moradas para la eternidad poco aportan, sino más abismo entre ella y nosotros. La que se hizo erigir en Abydos, como los grandes reyes, mide 19 x 16 metros. Fue construida en el fondo de un pozo, y sus paredes son de ladrillo. Es una de las mejor realizadas en esa época. Entre las paredes hay ocho capillas donde se depositaban objetos rituales. El suelo es un entarimado de madera y tiene varias estelas en honor a su figura. Tanto en Saqqara como en Abydos la morada para la eternidad de Merit-Neith está rodeada por las moradas de los funcionarios y setenta y siete sirvientes. Desde cierto punto de vista, Merit-Neith no es más que una sombra invisible, pero esta sombra encarna, sólo con su nombre, la grandeza de una civilización: diosas encarnadas en reinas.

## HORUS DJET

Tras Merit-Neith es su hijo el que reina, y realmente el rey Djet se nos presenta con más interrogantes que respuestas. La posible paternidad es dudosa, si bien también su maternidad resulta un tanto ambigua. Y es que Merit-Neith había tomado la doble corona dada la corta edad de su hijo, pero nos encontramos con que Djet también se casa con una mujer llamada Merit-Neith. Desconocemos completamente si es la misma mujer o si por el contrario era una hija de esta. Otra hipótesis nos lleva a pensar que Djer tal vez estuvo casado con su hija, y que esta asimismo contrajo matrimonio con su hermano cuando sube al trono. Aunque esto, como casi todo, es tan sólo una especulación. Realmente es muy poco lo que sabemos de este rey. Durante su reinado no hubo conflictos importantes, posiblemente gracias a las



Estela de la reina Merit-Neith,  
Museo de El Cairo, Egipto.



Estela del rey Djer,  
Museo del Louvre, París.

acciones realizadas por Djer en Nubia, Libia y la franja sirio-palestina. Envió una expedición al Mar Rojo y explotó las minas de turquesa.

Su morada para la eternidad fue hallada en Abydos por Flinders Petrie, el cual le dio el nombre de Tumba Z. Situada al oeste de la de Djer, contenía ciento setenta y cuatro enterramientos subsidiarios de sirvientes. Parece ser algunos pertenecían a la familia real, pero la gran mayoría fueron depositados allí junto con el cuerpo de su rey para servirlo en la vida del Más Allá. También fueron halladas varias estelas que contenían el *se-rej* con su nombre escrito en jeroglífico. Poco más se sabe de este gobernante de la I Dinastía, exceptuando que su tumba, al igual que la de otros de su tiempo, fue quemada en la antigüedad, y que posteriormente fue reconstruida y asociada al culto de Osiris.



## HORUS DEN

El cuarto rey de esta I Dinastía, Horus Den, es uno de los mejor conocidos. Sabemos que era hijo de Djet y Merit-Neith. Las Dos Tierras son aún precarias, un lugar donde los sacrificios humanos aún están a la orden del día. Pero, en su conjunto, la base del próspero Egipto ha sido ya plantada. Una de las contradicciones de este rey es la duración de su reinado. Manetón de Sebenitos le otorga un reinado de veinte años; pero sin embargo existen pruebas que atestiguan una fiesta *Heb-Sed*<sup>10</sup>. Era uno de los eventos más importantes en la vida de cada monarca. Dicha fiesta parece tener relación con el tiempo de duración de la vida y del reinado, agotar el tiempo que marca una generación de treinta años. Una vez terminado este período de tiempo, era indispensable realizar una regeneración. Así pues, la primera *Heb Sed*, salvo excepciones, se realizaba en el trigésimo año de reinado.

Uno de estos momentos culminantes era la coronación. Una vez el soberano se había revitalizado, tenía lugar una carrera ritual como prueba de su fortaleza y rejuvenecimiento.

Dado que dicho rito se celebraba cada treinta años, la egiptología le concede a Den un reinado de cincuenta años. Parece ser que es el primero en añadir el nombre de *Nesu-Bit*, lo que significa ‘Rey del Alto y del Bajo Egipto’, que era *Jasti*. Es casi seguro que su reinado fue bastante agitado y próspero. Durante estos años hallamos lo que se podría interpretar como el deletreo de lo que llegaría a convertirse en los *Textos de las Pirámides*, una serie de fórmulas mágicas que garantizaban la supervivencia del difunto en el Más Allá, y cuyo origen se atribuye al más remoto predinástico. Sin embargo, el uso de estas fórmulas estaba destinada a la persona del rey; para que el pueblo llano acceda a ellas todavía deberán pasar muchos años. Sabemos que el legado de Horus Den perduró en la memoria de los egipcios a lo largo de las dinastías, ya que durante el Imperio Nuevo se transcribían fórmulas de medicina que se habían escrito bajo su reinado. Este hecho pone de manifiesto que, a todas luces, los médicos de esta época ejercían con una sabiduría que venía arraigada desde la noche de los tiempos.

---

<sup>10</sup>Ritual que consistía en regenerar la fuerza del rey, considerado como un hijo de los dioses. Sólo los ritos mágicos garantizaban la renovación de su fuerza vital.

Den tiene una importante misión que llevar a cabo si quiere que la idea de un Egipto unificado continúe tras su reinado. La casta de altos artesanos ha tenido muchos privilegios con el reinado de su antecesor. Es posible que incluso en el norte existiese una coalición en su contra. Así que Horus Den pone bajo su mando un ejército para disuadir cualquier intento de sedición. No sería la primera vez que esto sucediese y, como veremos, no sólo la casta de los nobles dará más de un quebradero de cabeza a los reyes. Pero sin embargo, Den parece comprender que su función no es la de un tirano y que el buen funcionamiento del estado no se alcanzará mediante la fuerza. Por ello incluso llega a calmar los intentos de traición mediante la diplomacia interna. Concede un título importante y, con ello, consigue un importante aliado. En el Bajo Egipto nombra a un hombre, Hemaka, ‘Canciller del rey del Bajo País’. Hemaka se convierte en un amigo, y como amigo fue recompensado con la construcción de una morada para la eternidad en Saqqara. Gracias a él conocemos de primera mano el mobiliario fúnebre de estos personajes de la I Dinastía y algunos objetos que podrían catalogarse como sorprendentes, que analizaremos al final de este capítulo. Además, es precisamente aquí donde hallamos la evidencia de esa *Heb-Sed* de Den.

Pero el Señor de las Dos Tierras pronto tiene que poner un ejército en alerta. Gracias a una placa de marfil hallada en Abydos, vemos al rey representado en la postura clásica faraónica, portando la doble corona y con la maza erguida sobre su cabeza, dispuesto a destrozar el cráneo de un cacique extranjero. Nuevamente tenemos la escena que muchos años atrás había plasmado el Rey Escorpión. Estas incursiones se extendieron hasta la zona de Palestina durante su primer año de reinado. Los reinos asiáticos proporcionaron a Horus Den una cohorte de damas, las cuales fueron llevadas a Egipto. Ninguna de ellas llegó a convertirse en reina y desconocemos a ciencia cierta si ocuparon cargos importantes en la corte, pero estas alianzas mediante el matrimonio proporcionaban seguridad y estabilidad. La zona del Sinaí también fue vigilada por Den, que llegó a realizar alguna expedición para proteger las caravanas de las minas de turquesa que eran asaltadas por tribus beduinas. Egipto evoluciona a pasos de gigante. Formados esos protectorados, no existe peligro alguno de invasión, y Den ha conseguido que las disputas internas se alejen de su reinado.



Placa de marfil de Horus Den, Museo Británico.

Su morada para la eternidad se halla en Abydos y lleva el nombre de Mastaba T, pero también se hizo construir otra en Saqqara. Den dejó gran número de etiquetas y jarrones con su nombre inscrito. También inscripciones y sellos que relatan los acontecimientos de su reinado. Su morada para la eternidad de Abydos se nos presenta como impresionante, ya que es la primera en la que sabemos que se usó gran cantidad de piedra de granito rojo y negro de Aswan para pavimentar la cámara funeraria.

Contiene un elemento innovador que hasta ese momento no se había empleado, una escalera para descender al interior del monumento funerario, y en su día la techumbre era de madera. Tenía una gran puerta, también de madera, con un sistema de barreras para los ladrones. Contuvo lo que podríamos denominar un prototipo de *serdab* en el que se albergarían estatuas del propio Den. Su contenido probablemente fue desde objetos de marfil y ébano así como muebles de madera, recipientes de piedra, jarras de vino y de aceites. Lamentablemente también este rey contribuye a la herencia de los sacrificios humanos, y así son hallados ciento treinta

y seis enterramientos subsidiarios. Un detalle muy curioso es que una de sus esposas fue enterrada en Gizeh, siendo su morada para la eternidad más grande que la de su esposo el rey. Sin duda, esta reina de Egipto, de la que desconocemos su nombre, tuvo que ser un personaje importante e influyente en la figura de Den. También esta esposa real fue acompañada al Más Allá por una cohorte de sirvientes sacrificados para su comodidad.

## HORUS ADJIB

Tras la muerte de Den, el trono de Egipto es ocupado por su hijo Adjib. De este hombre apenas sí tenemos datos que nos expliquen el desarrollo de su reinado. Ocupó el quinto lugar en la lista real, allá por el año 2892 a. C. Si nos guiamos por las citas de Manetón, debemos otorgarle un reinado de veintiséis años. Sin embargo, los egiptólogos le conceden un reinado mucho más corto, basándose en que pudo haber existido una corregencia con su padre, Horus Den. A este dato otorgado por la egiptología ortodoxa se enfrenta una prueba arqueológica en forma de jarrón hallado en Abydos, que nos narra su *Heb-Sed*. En el jarrón puede leerse: «La protección de Horus le rodea». Parece ser que Adjib es el primer monarca que incluye en su titulación el nombre de *Nesut-Bit*, o sea, ‘el de la caña y la abeja’, evidenciando así su poder tanto en el norte como en el sur.

Durante su reinado, los problemas se instauraron en el reino casi de forma continua. Las regiones del norte se sublevaban con demasiada asiduidad y fue necesaria la intervención militar contra las milicias rebeldes. La unificación de Menes era un hecho que costaba mantener y en ocasiones estuvo a punto de fracturarse. Sin embargo, la historia tomó otro rumbo. Parece ser que Adjib no tuvo la necesidad de enfrentarse a un opositor ya que este, directamente, lo asesinó. Su morada para la eternidad se halla también en Abydos, y fue catalogada como Mastaba X. Su condición fue más bien pobre, de muy pequeñas dimensiones y de una estructura enteramente de madera. Incluso los enterramientos subsidiarios de sus sirvientes fueron muy escasos, sesenta y cuatro. En Saqqara, uno de sus funcionarios, Nebitka, se hizo construir una mastaba que lleva como número la Saq. 3038, donde se hallaron varias inscripciones con su nombre. En esta precisa mastaba algunos egiptólogos ven el

avance que culminaría en la Pirámide Escalonada. Con la muerte de Adjib aparece pues un oscuro personaje llamado Semerjet.

## HORUS SEMERJET

Es tan oscuro este Semerjet que de él sabemos muy poco, por no decir nada. Su nombre sería traducido por el de ‘Amigo pensativo’ y el motivo por el cual apenas sabemos nada de él parece estar claro, y es que los estudios apuntan a que Semerjet dio un golpe de estado, asesinando a Adjib. Parece ser que antes de gobernar había sido sacerdote y, por lo tanto, miembro de la familia real. El hecho debió conmocionar a la sociedad, que sin duda habría de tener partidarios de un bando y de otro. Las Dos Coronas peligraban, y los pasos dados hasta entonces se diluían en medio de las arenas del desierto. Egipto parecía un sueño en medio de las luchas triviales de los bandos enfrentados. El país se tambaleó y, por ello, Semerjet jamás sería incluido en ninguna de las listas reales. Sin embargo, aparece citado en la Piedra de Palermo con un reinado de dieciocho años. Parece ser que aquel refrán de «quien a hierro mata, a hierro muere» era

también conocido por los egipcios de la I Dinastía, ya que es Qa’a quien pone fin al reinado del usurpador. Semerjet fue enterrado en Abydos, y su morada para la eternidad está catalogada como Mastaba U, siendo tanto en calidad como en tamaño superior a la de su antecesor y su sucesor, un detalle curioso, teniendo en cuenta la naturaleza de dicho reinado.



Estela de Horus Semerjet,  
Museo Británico, Londres.

## HORUS QA'A

El último rey de la I Dinastía es Qa'a, el cual, según apuntan los indicios, llegó al trono de igual forma que Sejemjet, de forma dudosa. Y de hecho, se volvió a una nueva etapa de progreso: las dos coronas volvieron a ceñirse sobre la frente de un hombre justo y recto. Durante su reinado la escritura jeroglífica evolucionó notablemente. Este detalle nos viene dado por dos estelas. Tanto Merka como Sabef fueron funcionarios al servicio del soberano. Se hicieron elaborar estas dos estelas en las que los jeroglíficos fueron grabados mostrando la evolución del trazo de escritura. Esto es también una evolución social que a fuerza necesita un reinado de paz y prosperidad, ambas cosas necesarias para el enriquecimiento de un país. El rey adquiriría nuevamente la figura del semidios encargado de comulgar con los dioses a favor del hombre en esa serie de banquetes divinos que comprendían la teología del Antiguo Egipto. Los países vecinos le rindieron tributo y de Siria y de Palestina llegaron a Egipto cargamentos de vasijas con aceites, resinas de árboles, bayas, maderas preciosas y por supuesto joyería.

Poco más sabemos de este hombre que volvió a encarnarse en la figura de Horus. Para evitar que tras su muerte regresaran los fantasmas del odio y las rencillas, asimiló y posiblemente gobernó sus últimos días al lado de su hijo Hotepsejemui, hombre justo, grande e importante que honrará el *Ka* de su padre en la capilla de Saqqara. Termina la I Dinastía, y comienza el camino hacia la Edad de Oro egipcia.

## LA CIUDAD DE ABYDOS

Con Qa'a, los reyes de Egipto dejarían de construir sus moradas para la eternidad en la ciudad de Abydos. Y antes de emprender nuestro viaje y descubrir la II Dinastía, es necesario hacer un alto en la santa ciudad de Abdju. Esta ciudad cautiva tanto la imaginación que se han vertido ríos de tinta acerca de ella y del magnífico santuario que Seti I erigió en dicho lugar. Y todo lo que significa esta ciudad está marcado por la vida y muerte del dios Osiris. Podemos decir que, desde su alumbramiento, Osiris está

destinado a gobernar el valle del Nilo, ante los envidiosos ojos de su hermano Seth. Así pues, decidido a cometer el acto abominable del asesinato, Seth encarga a uno de sus seguidores la elaboración de un ataúd de madera de sicómoro con aspecto momiforme, con las medidas exactas para que tan sólo Osiris pueda caber en su interior. Y la noche misma en la que el sarcófago está terminado, celebra un gran banquete. Tras la cena, y cuando el vino ya había corrido lo suficiente, ofrece a los convidados un juego. Y propone averiguar quién de los presentes sería merecedor de un sarcófago de tal envergadura, tallado en madera noble y con encajes resplandecientes. Uno tras otro, los invitados se introducen en el sarcófago, pero ninguno encaja a la perfección. Ninguno, salvo Osiris, el cual, hallándose en el interior de su trampa mortal, no tiene tiempo de reaccionar. Es encerrado y el sarcófago arrojado al Nilo. A pesar de todo Seth no contaba con la astucia de Isis, la cual por medio de su magia logra hallar a su amado esposo muerto en el interior del catafalco de sicómoro. Y llora amargamente por no haber dado un hijo a Osiris que impidiese a Seth llevar a cabo su maquiavélico plan. Sin embargo, y a pesar de que el pene de Osiris había sido devorado por una perca del Nilo, Isis emplea una magia poderosa y tras una noche de pasión logra engendrar un heredero, el infante Horus. Seth, al enterarse de tal hazaña, temiendo la posible resurrección de su hermano, lo descuartiza y entierra los pedazos a lo largo del país. Y exactamente, según creían los propios egipcios, la cabeza del dios Osiris fue enterrada en Abydos. Esta es, a grandes rasgos, la leyenda de Osiris, que a lo largo de los siglos tomaría otras paralelas dependiendo de la localidad. El hecho es que la búsqueda del lugar donde fue enterrada esa cabeza del dios Osiris fue llevada a cabo por los propios egipcios, y esto explica la peregrinación continua durante tres mil años a esta santa ciudad. Esto explica el motivo de que todo buen egipcio estaba dispuesto a acudir, al menos una vez en su vida, a Abydos y ofrecer a Osiris una vasija de aceite, vino o cualquier otra ofrenda de buen agrado.

La ciudad se hallaba a unos cien kilómetros al norte de la antigua Tebas, y jugó un papel importantísimo ya desde antes de la unificación del país. Mucho antes de que los soberanos de la I Dinastía excavasen aquí por vez primera su lugar para la eternidad, se celebraban en Abydos los ritos de culto al dios Jentamentiu. Osiris fue prontamente equiparado a este dios prehistórico, y asimismo desde muy antiguo se asimiló a Isis como

su esposa. Así pues, desde siempre, Abydos fue para los egipcios lo que la Meca es para los árabes o lo que Santiago de Compostela es para los cristianos. Es por esto que los alrededores de la ciudad están repletos de fragmentos de cerámica, mudos testigos de los millones de peregrinos que acudieron allí a solicitar los favores del dios de la resurrección. De esa forma, y como era costumbre, si uno no podía viajar por causa de una enfermedad o por cualquier otra desgracia, un familiar realizaba el viaje en su nombre, porque había que visitar Abydos al menos una vez en la vida. En el santuario de la ciudad se celebraba la fiesta de Osiris Unnefer<sup>11</sup>, donde se recreaba el asesinato y resurrección de Osiris a modo de obra de teatro. Los actores eran sacerdotes del santuario o cualquiera que deseara encarnar un personaje de la trama. Incluso en las inmediaciones del santuario era posible adquirir un amuleto del propio dios, de madera, cera o yeso, y vasijas de aceites o perfumes para ofrendar a la divinidad que se fabricaban en el propio recinto, para luego volver a quedar allí depositados como ofrenda. Era, sin duda, un negocio redondo.

La leyenda del enterramiento de Osiris en Abydos subyugaba la imaginación de los primeros excavadores que llegaron a Egipto. Así, en el año 1895 llegan a esta localidad egipcia arqueólogos dispuestos a hallar esa fabulosa morada para la eternidad. Emprenden una cruenta masacre con el paisaje y en cuatro días excavan ciento sesenta sepulcros. Finalmente, muestran al mundo un cráneo destrozado y, afirmando que es el del mítico Osiris, recogen sus bártulos y desaparecen. Eran días en que todo valía para obtener un tesoro, sin importar todo aquello que destrozaran en su camino. Pero entonces llegó a Egipto William Matthew Flinders Petrie, un joven de veintisiete años del cual hablaremos posteriormente. El hecho es que cuando llega a Abydos, comienza a excavar en serio, haciendo su trabajo con un exhaustivo orden. Basándose en técnicas de elaboración, clasificó cuarenta y nueve tipos distintos de alfarería, desde el más tosco al mejor logrado. Fechó las moradas para la eternidad alrededor de la I Dinastía, pero aseguró que incluso podrían existir tumbas que eran anteriores a estos reinados. Sus trabajos en Egipto, que duraron sesenta años, se ven reflejados

---

<sup>11</sup>Unnefer es un término que se puede traducir como 'Osiris el Bello'. Se prolongaba por un espacio de cinco días.



en una sola frase: «Yo no me intereso más que en la publicación de mis libros, y en que todos durante decenas de años, o tal vez siglos, sirvan de fuente y referencia indiscutible».

A finales del siglo xx, un grupo de arqueólogos alemanes llega hasta Abydos para excavar. Surgen de pronto, prácticamente intactas, unas paredes de ladrillo de adobe. Es una morada para la eternidad de grandes dimensiones, sólo comparable a las mastabas de la I Dinastía. No hay sarcófago ni momia. Pero el hecho de que esta cámara se comunique con las otras, mucho más pequeñas, mediante unas aberturas en forma de puertas, nos lleva a pensar que el alma inmortal del rey podía acceder desde este punto a cualquiera de las habitaciones colindantes sin ningún problema. Muchas de estas cámaras más pequeñas contenían gran número de piezas de alfarería, y la gran mayoría no eran originarias de Egipto, sino de Palestina. Probablemente eran jarras de vino, que indican o bien la existencia de una ruta comercial o que había una buena relación entre los dos pueblos. En otra de las salas se halló un cetro de marfil y, tras una prueba de carbono 14, se llegó a la conclusión de que era la más antigua pieza hallada en Egipto. Es un cetro de poder, un bastón de poder con el cual el faraón pastorea el rebaño del Nilo: Egipto.

En otra sala se hallan varios objetos con dibujos grabados. Todos tienen unos símbolos en común: un rosetón y un escorpión. Se había hallado la morada para la eternidad del Rey Escorpión, pero todos los datos indican que este es el segundo rey que emplea el nombre de Escorpión. De su ajuar funerario apenas ha sobrevivido nada. Podemos adivinar que el valor de estas piezas no superaría el veinticinco por ciento de los tesoros hallados en la morada para la eternidad del joven rey Tut-Anj-Amón, pero es la primera evidencia de esta necesidad de recrear una vida de Más Allá lo más parecida posible a la vida terrenal. El deseo de la inmortalidad. En el suelo de la cámara mortuoria, cerca de lo que se supone fue el altar, se halló un conjunto de piezas de marfil, de ciento sesenta etiquetas exactamente, todas grabadas con toscos dibujos prehistóricos de paisajes, figuras y animales. La mayoría de las etiquetas contienen más de un símbolo o figura. Gracias a los restos hallados en Abydos, que pertenecieron a estos monarcas de la I Dinastía, podemos ir recomponiendo este rompecabezas que comprende, aproximadamente, un total de ciento setenta y nueve años. Egipto ha comenzado su andadura como pueblo, aunque restan todavía mu-

chos obstáculos que saltar para realizar los logros que todavía hoy podemos comprobar. Sin duda, la ciudad de Abydos permanece inalterable, testigo mudo de un pasado glorioso que no quiere desvanecerse en el olvido.

## LA II DINASTÍA, TRANSICIÓN HACIA LA PIRÁMIDE

La llegada de la II Dinastía es una clara transición hacia un período de prosperidad interna, que viene de sufrir las inclemencias de un reinado un tanto brusco que finaliza con la intención de asentar un nuevo monarca. Al final de cada dinastía nos encontramos con acontecimientos trágicos que sumen a Egipto en una era de caos y desorden. Estos son dos términos a los que los antiguos egipcios temían en demasía, aunque para controlarlos contaban con la ayuda de Maat<sup>12</sup>. Es de justicia que la vida se refleje tal y como es en cada uno de nuestros actos, y aquello de «no hagas a tu prójimo aquello que no desees para ti», encarna a esta diosa que se idealizaba con una pluma de avestruz. Maat está presente en el juicio de la Sala de las Dos Almas<sup>13</sup>. La II Dinastía representa, en cierta forma, un salto evolutivo en muchos aspectos. No sólo las mastabas se perfeccionan, sino que la sociedad en conjunto va evolucionando. El problema básico de esta dinastía vendría dado por la fuerza e importancia que tienen las diversas ramas familiares que se ven desplazadas del trono. Este hecho se repetirá sucesivamente siempre que a lo lejos se atisbe un período de incertidumbre. Esta forma de actuar pretendía no sólo acceder al poder, sino que ya se iba uniendo al modelo pensativo que imperó en el mundo antiguo, con la única intención de proclamarse y creerse en realidad hijo de la divinidad. La religión juega un factor determinante en estas sociedades antiguas, donde sobre todo la ignorancia de la mayoría del pueblo, verbigracia todas las clases medias y bajas, provoca esa especie de mutismo en el que están sumidos. Tampoco debemos pensar que, en el caso contrario,

---

<sup>12</sup>Maat es la divinidad femenina que representa la justicia, la rectitud y el orden. Al contrario de lo que pueda parecer, el término «orden» no alude tan sólo a los caracteres judiciales, sino que incluye cualquier tipo de actividad de la vida cotidiana.

<sup>13</sup>Sala donde el alma del difunto debe demostrar que su corazón es más ligero que la pluma, esto es, que no ha cometido delitos, ni ha mentado ni ha matado a un semejante.

los afortunados pudientes fueran conscientes de que habían creado un fraude que se repetiría hasta la saciedad en la historia del hombre. Sencillamente, durante la II Dinastía se va modelando el particular universo egipcio, donde realmente los dioses son los creadores de Egipto.

## HOTEPSEJEMUI

Con esta forma de ver la vida se inicia la II Dinastía, y su primer rey, Hotepsejemui, sabe de primera mano las vilezas que el hombre puede cometer por llegar a tener el máximo poder. Sabemos que Hotepsejemui había heredado alguno de los enemigos de su padre, que habían sido partidarios y simpatizantes de Semerjet, aquel que había alcanzado el trono de Egipto mediante el derramamiento de sangre. Este personaje en cuestión parece que tenía el privilegio de haber reinado incluso antes que Qa'a. Pero el nuevo monarca, de nombre Hotep, hace honor a su nombre de Horus, Sejemui, 'El que satisface las energías', llamándose Hotepsejemui, 'El que satisface las energías está en paz'. Algunos expertos han querido ver en todo esto un reflejo de que tal vez este hombre apaciguó los ánimos de aquellos que buscaban prolongar los días de conflicto, aunque también se baraja la hipótesis de que con este nombre se hace una clara referencia al apaciguamiento ofrecido a los dioses Horus y Seth.

El hecho es que la carencia de restos arqueológicos obstaculiza el trabajo de los egiptólogos, que se esfuerzan por poner orden en este lío que comprenden las primeras dinastías. Lo que sí parece claro es que los poderes centrales y los estatutos económico y religioso se afirman cada vez más durante este período, que van convirtiendo el estado en un magno estatuto centralizado y ya instalado en la gran morada de Hotepsejemui.

Se le suele atribuir una duración de reinado que va de los quince a los veinticinco años. Sin embargo, tomando las transcripciones de Manetón de Sebenitos, su reinado sería de treinta y ocho años. Lo cierto es que, viendo la morada para la eternidad que se hizo construir en Saqqara, una superestructura subterránea que sin duda debió tener un considerable trabajo, la cronología de Manetón parece ser la que más se acerca a la realidad.

En Saqqara se hallaron unos sellos con sus títulos reales, muy cerca de la pirámide de Unas. Estos sellos se han asociado a una estructura sub-

terránea con una serie de galerías. No se ha encontrado ninguna mastaba en Abydos que se le pueda atribuir, pero, sin embargo, en la mastaba de Qa'a se encontró uno de sus sellos con su nombre. Todo parece indicar que la dinastía familiar es la misma, que la regencia no se rompió, pero la ausencia de mastaba en Abydos demuestra que el poder central se volvió hacia Menfis y concretamente hacia la región de Saqqara. Entre los varios objetos que se han podido rescatar de las arenas del desierto, tenemos un *serej* con su nombre y varios tazones de piedra tallada con sus títulos grabados también fueron hallados en el complejo de la pirámide de Menkaure, en la meseta de Gizeh. En Badari, en un hipogeo que lleva el número 3112 se encontró un recipiente de alabastro que también llevaba su nombre grabado. Apenas si sabemos nada más de él, salvo que con su muerte se inicia la transformación del Egipto de las grandes pirámides.

## RENEB

Conocemos el nombre de los tres primeros reyes de la II Dinastía gracias a unas inscripciones que un artista anónimo grabó en la parte posterior de la estatua del sacerdote Hotep-Dif. Hotepsejemui, Reneb y Ninetjer son, por desgracia, tan sólo tres nombres sin demasiada historia que contar. La traducción de su nombre podría ser 'Re es el Señor', o también se interpretaría como 'Señor del Sol'. Sabemos que su nombre de nacimiento fue el de Kakau. Este es un hecho que denota un reinado tranquilo sin las angustias que había sufrido su abuelo, pues tan sólo una situación de estabilidad podría proporcionar esta transición. La inclusión del nombre de Re a la denominación de la persona del rey también nos muestra la evolución teológica que se ciñe en torno a su divinización, y es que bien pudiera ser que aquí aparezca por vez primera Re como divinidad para fijar una señal de medida entre las disputas habidas entre los partidarios de Horus y Seth. De alguna forma, la naciente teología heliopolitana comenzaba a fijar un punto de partida hacia una prosperidad que se alejase de todos los conflictos internos que vivía el país. Sin duda, este es un hecho que, aunque no esté probado, nos deja una vía de investigación abierta hacia tal efecto, y nos mostraría un hecho fundamental, y es que no sería Djeser Netherijet quien se afirmase como heredero de ese linaje solar, sino que, en



Sacerdote Hotep-Dif,  
Museo de El Cairo, Egipto.



Estela de Reneb, Museo Metropolitano,  
Nueva York. Fotografía de  
Keith Schengili-Roberts.

cierta medida, volvería su vista atrás, viendo el levantamiento de Re como divinidad suprema. También inició la adoración del Toro Sagrado en el Santuario de la Ciudad de Iunu<sup>14</sup>. Con este hecho, se fundó el complejo religioso más antiguo de Egipto, y Reneb convirtió a su país en una nación muy poderosa.

La antigua Heliópolis fue uno de los tres pilares del Antiguo Egipto, junto a Tebas y Menfis. Era la capital del XIII nomo del Bajo Egipto, y aquí

---

<sup>14</sup>La ciudad de Iunu era la antigua Heliópolis griega.